



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Psicología

**EL CONCEPTO DE DESMENTIDA O *VERLEUGNUNG* EN LA
OBRA DE FREUD Y SU RELACIÓN CON LA PERVERSIÓN**

Memoria para optar a título de Psicólogo

ANTONIO IGNACIO APABLAZA ABARZÚA

Profesor patrocinante:

Roberto Aceituno Morales

Santiago de Chile, 2017

RESUMEN

La siguiente memoria reúne en tres capítulos una investigación bibliográfica referida al concepto de desmentida (*Verleugnung*) que desarrolló Sigmund Freud en sus escritos. Con el fin de situar las problemáticas referidas a la perversión en la teoría psicoanalítica y exponer los aportes de esta nueva conceptualización freudiana en el campo de las perversiones, el primer capítulo muestra principalmente el momento histórico del debate acerca de las perversiones donde interviene Freud para luego entrar de lleno, en el segundo capítulo, en una investigación teórica acerca de la *Verleugnung* dentro de su obra; ésta inicia en 1905 con la publicación de los *Tres ensayos sobre teoría sexual* y concluye en 1939 en sus últimas publicaciones. Finalmente, en el tercer capítulo se despliegan algunas conclusiones referidas al problema de investigación.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
CAPÍTULO I	10
SITUACIÓN DE LA PERVERSIÓN EN EL PSICOANÁLISIS	
1.1 Contextualización histórica	10
1.2 Perspectivas actuales respecto de la perversión	23
CAPÍTULO II	30
INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA DESMENTIDA (<i>VERLEUGNUNG</i>) EN SIGMUND FREUD	
2.1 Introducción a la investigación del concepto de <i>Verleugnung</i> en la obra de Freud	30

2.2	Cimientos del concepto de <i>Verleugnung</i>	32
2.3	Lugar de la <i>Verleugnung</i> en la metapsicología freudiana	47
2.4	Fetichismo y <i>Verleugnung</i>	57
2.5	<i>Verleugnung</i> y su relación con el proceso de escisión del yo (<i>Spaltung</i>)	77
CAPÍTULO III		86
CONCLUSIONES		86
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS		91

PRESENTACIÓN

La clínica psicoanalítica supone distintas aristas de investigación tanto a nivel teórico como práctico y una de otra se van nutriendo con el fin de acabar en una posición que se deduce fértil para el tratamiento de las “enfermedades del alma” propias de la modernidad.

Freud, como el máximo representante y fundador del psicoanálisis estudió a través de pacientes y desde distintos enfoques a lo largo de toda su carrera. Una de sus preocupaciones clínicas fue la de las perversiones. Podríamos situar la inauguración de estos estudios con la publicación de *Tres ensayos sobre teoría sexual* en 1905, donde el autor se sitúa respecto de otros psiquiatras y médicos de la época y comienza una profunda investigación sobre lo que se tenía por “aberraciones sexuales”. En este contexto, surgen distintas interrogantes respecto del funcionamiento de las perversiones. No había claridad sobre su origen, sin embargo se habían dedicado estudios a la recolección de datos referidos a estas psicopatologías (Krafft-Ebing, Magnan, A. Moll, etc.), de hecho, hasta el siglo XIX eran los

mismos legistas y jueces quienes se atribuían el derecho de castigar y regular aspectos íntimos de la vida sexual de los ciudadanos.

Con la interpretación de Freud respecto del funcionamiento pulsional único de las perversiones, sostenido por un mecanismo de defensa preciso para describirlo (*Verleugnung*), se inicia una nueva forma de acercarnos a las perversiones. Ya no se trata meramente de disfunciones fisiológicas o de una mala moral del sujeto, sino que comprendemos que la perversión es un proceso mediante el cual se estructura el aparato psíquico del sujeto desde su temprana edad haciendo del otro y de su forma particular de goce “la prueba de la no-existencia de la castración y la de que la castración misma es en su horror, forma de goce” (Aulagnier 1978, p. 26).

La conceptualización de la desmentida (*Verleugnung*) fue un trabajo extenso, que comienza a gestarse con la preocupación de Freud por las perversiones desde 1905 desde la publicación de los *Tres ensayos*, para luego en 1915 con ensayos *De guerra y muerte*, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, abrir una primera interrogante (*verleugner*); no obstante, será en 1923 que se cristaliza la idea de la desmentida como un

mecanismo de defensa particular ante la angustia de castración que luego será propio del proceso perverso. Esta investigación no cesa hasta la muerte del psicoanalista vienés y es por ello que muchas de sus elucubraciones quedan sujetas a interpretación de sus lectores.

De este modo, la constante revisión de la literatura freudiana es un persistente retorno que en cada una de sus veces nos señala distintos aspectos a considerar sobre el quehacer clínico. En la presente memoria se tiene por objetivo situar la problemática de la desmentida desde sus raíces, retrotrayéndonos hasta autores anteriores a Freud para poder así asimilar el lugar desde donde se gesta su legado que es una vuelta de tuerca respecto de lo que se tenía entendido por perversión. Debido a esto, pormenorizar en los detalles de su proceso de pensamiento y de creación se hace indispensable al momento de entrar en el terreno de las perversiones.

Será entonces a partir de una revisión bibliográfica como metodología de trabajo que se tendrá además por objetivo la reflexión en torno al problema de las perversiones para proponerlo como discusión. Esperamos además que esta revisión sirva para futuras investigaciones

relativas al tema y también como una fuente de información detallada de lo que trata el proceso del desarrollo de la desmentida como concepto propio del corpus psicoanalítico.

OBJETIVOS

Objetivo general

- A partir de una revisión bibliográfica acerca de la obra de Freud, situar la problemática que implica concepto de desmentida (Verleugnung) en las nociones de perversión desde una perspectiva psicoanalítica.

Objetivos específicos

- Describir y examinar históricamente la perversión como concepto propio de la psicopatología y psiquiatría legista anterior a Freud.
- Descomponer y resumir el concepto de desmentida (Verleugnung) dentro de la obra de Freud.
- Relacionar la desmentida (Verleugnung) con el devenir de la perversión dentro del psicoanálisis.
- Distinguir las problemáticas que supone la desmentida como concepto dentro de la clínica psicoanalítica.

CAPÍTULO I:

SITUACIÓN DE LA PERVERSIÓN EN EL PSICOANÁLISIS

1.1 Contextualización histórica

Previo a la obra de Freud, el tema de las perversiones ya era objeto de saber de la medicina moderna, en donde se llevaron a cabo profundos estudios positivistas acerca de la homosexualidad y las aberraciones sexuales dentro de un contexto donde se estaba asentando el liberalismo económico y político en Europa, llevando a los médicos y abogados a debatir la ilegalidad de las relaciones homosexuales y la motivación de actos delictivos de carácter sexual. Por ejemplo, en Italia, España, Holanda y en algunos estados soberanos de Alemania del Oeste, después de 1814 se decidió conservar el código penal creado en 1810 en el reino de Prusia que en su artículo 175 castigaba la sodomía entre hombres. El psiquiatra y psicoanalista Georges Lantéri-Laura (1977) señala que incluso tras la proclamación del Imperio Alemán esta medida se extendió a todos los estados que lo componían y que en la monarquía austrohúngara además se

castigaba la homosexualidad femenina. En aquel momento se penaba el *coito per anum* y para que los hechos quedasen establecidos solo bastaba la confesión de uno de los involucrados, por lo que había además muchos que usaban esta ley para chantajear (p. 161).

De forma contraria a la legislación se comenzó a estudiar la homosexualidad desde un paradigma científico y se entendió como un fenómeno raro, extraño y enfermizo, sin embargo inofensivo. También surgen voces dedicadas a mostrar la grandeza de algunos referentes para plantear que sería errado despreciarlos o castigarlos por tener conductas homosexuales (entre ellos podemos mencionar a Sócrates, Miguel Ángel, Shakespeare, Byron, etc.). Cabe destacar el trabajo de A. Moll, quien muestra un desarrollo exhaustivo sobre la homosexualidad, basándose en una amplia investigación clínica, da cuenta de una etiología de la inversión donde indicaría que la mayoría de los casos de homosexualidad vendrían dados de forma congénita, es decir, a raíz de una importante carga hereditaria se abre camino sobre la elección de objeto del mismo sexo. Sin embargo el jurista Albert Moll admite la importancia de algunas “escenas fortuitas” (A. Moll en Lantéri-Laura, 1977, p. 167 cit. 12) en la vida del

invertido y el peso cultural del desprecio hacia la mujer propios de algunos pueblos. Por otra parte, considera la sexualidad como una función fisiológica más donde el ser humano tiene relaciones con el único fin teleológico de la reproducción: “en general, el hombre cumple el acto sexual con la mujer, no con la finalidad consciente de tener hijos, sino para la satisfacción de una inclinación a la que no puede resistir. El *uranista* [alma de mujer en cuerpo de hombre; término acuñado por Karl Heinrich Ulrichs entre 1864 y 1865] no hace algo diferente, y por tanto su acto sexual no es delictivo” (A. Moll en Lantéri-Laura, 1977, p. 168 cit. 15), “como hemos dicho, no podemos establecer una relación entre los órganos genitales del hombre y su inclinación por la mujer salvo desde un punto de vista teleológico. Más aún, no se perciben las razones por las cuales el hombre se sentiría impulsado hacia un acercamiento a la mujer, ya que la eyaculación del esperma puede obtenerse de forma muy diversa” (A. Moll en Lantéri-Laura, 1977, p. 168 cit. 16),

Así, en una primera instancia, el acercamiento hacia los estudios científicos acerca de la perversión tienen un primer lugar desde el punto de vista legal y fisiológico para atender estas conductas que eran atendidas

como delictuales. No obstante, abre camino a que la psiquiatría a finales del siglo XIX comience a elaborar su discurso médico en torno a la homosexualidad y las aberraciones sexuales. Para Lantéri-Laura (1977, p. 170) será V. Magnan quien consolidaría el conocimiento clínico empírico que se estaba desarrollando en aquella época, donde no había aún un modelo unificador que explicase las variadas conductas sexuales extravagantes que vieron la luz en pericias judiciales donde se enjuiciaban comportamientos que venían a alterar el orden social de la libido y la horrorizar a la moral hegemónica de la época.

Su teoría proponía juntar una amplia diversidad de conductas perversas en la unidad de una interpretación neurofisiológica que “hace pasar de la interminable enumeración de casos a la estructuración económica del sistema nervioso central y sus localizaciones” (Lantéri-Laura, 1977, p. 170-1), consolidándose como “el más exacto testimonio de la teoría positivista de las perversiones reinantes a finales del siglo XIX” (Lantéri-Laura, 1977, p. 171). “Para Magnan, la sexualidad normal corresponde a un funcionamiento armonioso equilibrado de las relaciones jerárquicas entre el arco reflejo espinal y los centros corticales. A partir de

esta hipótesis podrá clasificar las perversiones y dar de ellas una explicación neurofisiológica de conjunto, con un modelo simple y una terminología anatómica” (Lantéri-Laura, 1977, p. 172). Tenemos en su modelo una economía de la patología perversa centrada en el equilibrio del sistema nervioso, en donde lo inarmónico tiene que ver de forma recíproca con el control de algún centro cerebral cuya activación no se relaciona con los demás centros cerebrales (se trataría de una activación “involuntaria” del sistema nervioso central), por lo tanto surgen conductas impulsivas y obsesiones sin posibilidad de control por parte del sistema nervioso –y menos aún por parte del sujeto en cuestión. Esta elucidación se sitúa como la teoría validada entre los círculos científicos para dar con la etiología de las conductas perversas, correlacionándolas directamente a desequilibrios nerviosos. Es a Magnan a quien se debe la apropiación del estudio de las perversiones por el campo médico psiquiátrico y si bien no explica nada acerca de las causas eventuales de las anomalías, el modelo informa sobre la patogenia de estos trastornos (Lantéri-Laura, 1977, p. 175), ya que si bien esta teoría indica un lugar preciso en el cuerpo del perverso donde se ubica el origen de la patología, no hay una explicación de cómo se llega al desequilibrio. Para entonces, la teoría de Moll citada anteriormente (carga

hereditaria y eventos precipitantes) sería lo más aceptado dentro del círculo médico-legal.

Según Lantéri-Laura (1977) entonces tenemos un antes y un después de la investigación de Magnan, ahora “las perversiones sexuales se muestran, pues como una variedad particular de trastornos debida al desequilibrio mental, el cual determina muchas otras formas patológicas. Las perversiones pertenecen así perfectamente al campo de la medicina” (Lantéri-Laura, 1977, p. 176) con lo cual se producen cambios en el examen clínico y el tratamiento de las perversiones. En primer lugar, se tiene que este examen es ahora propiedad del médico que examina y no del arbitrio del juzgado, puesto que se buscan estigmas psíquicos sobre el desequilibrio mental del perverso. “Por su calidad de hombre de la ciencia, el clínico puede emitir un discurso diferente: él sabe lo que hay que buscar, desplaza el interés de las conductas perversas a la estructura patológica del paciente, examina lo que los otros no examinarían, e inaugura así una mirada y una escucha propiamente médicas” (Lantéri-Laura, 1977, p. 176). De este modo, el acercamiento del médico hacia las perversiones es distinto al que puede tomar un juez: el hombre de ciencia tiene un saber que lo llevará a

indagar sobre la “estructura patológica del paciente”, a saber, la etiología de su enfermedad.

Por otra parte hay consecuencias terapéuticas “mucho menos precisas y mucho más inseguras” (Lantéri-Laura, 1977, p. 177), ya que con los casos de perversiones más graves seguirían siendo perseguidos por la ley, sin tomar en consideración el carácter sexual de éstas: “el papel del médico se reduciría a legitimar la aplicación del artículo 64 del Código de 1810” (Lantéri-Laura, 1977, p. 177), mientras que para los casos menos graves la ciencia no ha hallado forma de triunfar fácilmente. Como se ha revisado, la etiología de la perversión que propuso Magnan no indicó las causas de estos desequilibrios del sistema nervioso central, por lo que no hubo forma de desarrollar estrategias terapéuticas.

Se ha descrito cómo es que la psiquiatría (y ahora también la psicología) llegó a ocupar un lugar de saber ante la perversión en un contexto particular. Si en un principio se penaba la conducta perversa, las explicaciones psiquiátricas positivistas llegan a crear al sujeto perverso, es decir, ahora la persona lleva consigo en su sistema nervioso el desequilibrio

que lo hace actuar sin medir consecuencias y poniendo al otro al servicio de su deseo. Poco a poco el trabajo de la psiquiatría va tomando control en el campo de las perversiones, obviamente trayendo consigo implicancias en términos de clínicos: los psiquiatras y psicólogos pueden hipotetizar de dónde viene y hacia dónde va el acto desafiante del perverso, esto debido a que tal como pregonaban los alienistas en el siglo XIX, el pobre enfermo no es alguien malo, sino el portador de una patología que debe ser tratada. Los casos menos graves de perversión que iban a la cárcel ahora irán al hospital o a la consulta psiquiátrica.

Como hemos revisado, el acto perverso tiene antigüedad en el campo de la clínica que va ligado de la aparición de la voz de los médicos, quienes como hombres de ciencia limitarán el campo de la perversión aún sin ser lo suficientemente específicos respecto de la descripción de la evolución de los casos de perversión. En 1886 Krafft-Ebing publica *Psychopathia Sexualis*, consolidándose como uno de los estudios más extensos acerca de las perversiones sexuales. Su investigación se nutre de las teorías de Magnan y otros psiquiatras de la época para explicar la etiología de las perversiones en donde nuevamente el sistema nervioso central y el

desequilibrio de su funcionamiento sirven de apostilla para la dar con la causa que lleva al perverso a pasar por sobre los límites establecidos en la sociedad. No obstante, el autor también recurre a razones históricas y antropológicas para sostener que la manifestación del deseo sexual tal como se conoce es fruto de la evolución de la civilización occidental: en las culturas cristianas, los sujetos llevan la modestia y la vergüenza como un valor y un símbolo de la capacidad de reprimir aquellos deseos que por naturaleza toman al hombre. Basándose en esta misma capacidad de reprimir que posee el hombre desarrollado, Krafft-Ebing mide y compara niveles culturales entre pueblos, por ejemplo, asociándolo a que en aquellos más primitivos, en donde todos hacen su vida desnudos sin pudor, también son aquellos donde la mujer ocupa el lugar de objeto de intercambio: el hombre más fuerte elije a la mujer más bella para satisfacer sus necesidades instintivas; luego dirá que en la cultura occidental, la mujer ha tenido un ascenso social que puede explicarse a partir de la moderación del deseo masculino: puede acceder al contrato del matrimonio en donde se acuerda la monogamia y se dirige el esfuerzo de ambas partes por sostener una familia. Además para el autor, el amor y la sexualidad deberían ser idealmente de forma monógama; además sugiere que el engaño de parte del hombre es

reprochable, pero es aún más reprochable si es de parte de una mujer. Esto debido a que el hombre “por naturaleza” tiene más deseo sexual que la mujer y, por lo tanto, que sienta deseo por otra mujer es normal; sin embargo, la infidelidad de la mujer es moralmente mucho más pesada debido a que en el acto no solo se deshonra a sí misma, sino que también a su esposo y su familia, y ni hablar de la posibilidad de una paternidad incierta (Krafft-Ebing, 1912). Para el autor el desarrollo cultural y la capacidad del hombre de reprimirse son aspectos que van de la mano y es por ello que sostiene que aquellas conductas aberrantes y los actos perversos van en contra del desarrollo de la humanidad; son conductas ligadas al vicio y al desarrollo liberal de las grandes ciudades.

El primer capítulo de su *Psychopathia Sexualis*, llamado *Psicología de la vida sexual*, da muestra fehaciente de cómo opera socialmente la significación proveniente desde la ciencia que se da acerca de los límites entre la sexualidad normal y las perversiones. Krafft-Ebing deja un legado que no es meramente “enciclopédico” en términos patológicos y sintomatológicos como menciona Daumezon (1978), sino que el autor también toma la palabra para diferenciar lo bueno de lo malo según su

sesgo como individuo, transparentando la dimensión ideológica que subyace tras su interpretación de la conducta humana.

Cabe a agregar en esta serie de autores pre-freudianos a Dupré, quien para Daumezon (1978) es el representante del estudio más exitoso respecto de las perversiones a principio del siglo XX, quien planteará que “la perversión es la orientación anormal de los *instintos*. En su informe de 1912, describe las “anomalías constitucionales de las tendencias del individuo considerado en su actividad moral y social” (Dupré en Daumezon, 1978, p. 22). Tales anomalías son “primitivas, espontáneas, anteriores a la aparición de la consciencia y de la inteligencia” (Dupré en Daumezon, 1978, p. 22) (...) La perversión parece ser, en el plano “moral y social”, el equivalente a la oligofrenia en el plano intelectual, la detención o insuficiencia del desarrollo explica la ausencia o pobreza de las tendencias afectivas y morales” (1978, p. 22).

Hasta aquí el desarrollo de las teorías de la perversión previas y más o menos simultáneas a la publicación de *Tres ensayos sobre teoría sexual*, publicación que abre el camino del estudio sobre las perversiones en el

corpus freudiano. Como se ha revisado a partir de las investigaciones de Lantéri-Laura y Daumezon, el principal problema que trajo la introducción de la patología perversa a la psiquiatría es su óptica médico-legal, ya que aquel lugar que el psiquiatra no puede eludir, dada su condición de perito ante el sistema penal, es su deber de esgrimir entre patología y culpabilidad del perverso. Por lo tanto, se tiene que el concepto de perversión vino a transparentar que existe una condición que mueve la “quizá enfermiza” del homosexual, la impulsividad del psicópata, el robo del cleptómano, la satisfacción del *vouyerista*, etc., sin embargo, no se atiende a la motivación de estos actos sino que la explicación queda resuelta en el desequilibrio nervioso o en una falta de desarrollo moral y social, siendo estas las causas del enfermo.

En este contexto donde se comienzan a mover los límites entre la salud mental y su legalidad, se hace apremiante pasar a través de algunas observaciones que hace Daumezon a modo de pregunta para ejemplificar acerca de la imputabilidad de un perverso: “¿es más difícil para un exhibicionista [sujeto perverso] resistir a su deseo que a un sujeto normal contener su deseo sexual normal?” (1978, p. 19). Esta pregunta –quizá muy

difícil de responder por la forma en que está articulada- no habría podido ser formulada antes de la intervención de la psiquiatría sobre el terreno de la perversión, la reflexión sobre la motivación, voluntad y causantes de estos actos no recaía sobre un recorrido nervioso, sino que se resolvía el juicio en base a los hechos y sin considerar la “enfermedad” que actuaba junto del individuo. Será entonces desde aquí que el constructo teórico de Freud respecto de las perversiones tendrá para nosotros su relevancia, ya que depende de la interpretación que cada psicólogo, psicoanalista o psiquiatra tenga sobre las perversiones es que desarrollará su propia clínica y podrá hallar camino a encontrar su posición respecto a sus tareas clínicas.

Por otra parte, la incursión científica sobre este campo abrió espacio para que se extendiera un cuestionamiento ideológico sobre el lugar que ocupa la homosexualidad en la sociedad, por ejemplo a través de los *uranistas* mencionados anteriormente, quienes abogaban por la homosexualidad masculina como una forma de amor posible ya que se reivindicaban como almas de mujer en cuerpos de hombre. Estos últimos sostienen que en el lazo homosexual habría amor y no algo medio enfermizo como señala Moll, ni menos aún un crimen, como indicaba la

ley. No obstante, como se muestra anteriormente, los límites entre moral y patología son difusos, ya que de acuerdo a la interpretación que se tenga de la categoría perversión, dirigirá el sentido y la orientación con que se defina (o, en el peor de los casos, se estereotipe) al sujeto que se mueve en las fronteras del discurso psicopatológico.

1.2 Perspectivas actuales respecto de la perversión

Con este telón de fondo, en la actualidad el concepto de perversión ha ido evolucionando –quizá más lento de lo que uno quisiera imaginarse dada la cantidad de años que han pasado y considerando, por ejemplo, que recién en el año 1974 se deja de listar la *homosexualidad egodistónica* en el DSM como trastorno mental- y ha suscitado una serie de revisiones entorno a la capacidad de la psicología y la psiquiatría de abordar casos donde el paciente es perturbado (o perturba a los demás) por psicopatologías agrupadas bajo el nombre de perversiones. El encuentro de la ciencia con las perversiones, como hemos revisado anteriormente, no se ha podido desprender de una mirada moralizante sobre lo que se puede decir de ellas; si

bien, esto se trataría de una característica propia del sujeto perverso capaz de escandalizar al otro mediante el juego que propone como su síntoma (esto será revisado más adelante) y también supone un reto de parte del psicólogo el poder detenerse a analizar cómo se desarrolla lo particular del sujeto, nos encontramos con que el lugar ético propio del psicólogo, psiquiatra o psicoanalista juega un rol fundamental al momento de situarse frente a un sujeto perverso. ¿Cómo se da espacio para que emerja el síntoma y el deseo del perverso en un escenario donde el su acto es penalizado y obliterado por las limitaciones que ofrecen las categorías diagnósticas asociadas a las perversiones? ¿se puede hablar de una perversión tratable dentro del encuadre psicoanalítico? Freud señalaba que en lo que llamó neurosis de transferencia donde se sitúa la cura del paciente, por lo tanto nos preguntamos desde dónde puede surgir un tratamiento posible para la perversión sin que esta siempre retorne sobre el juicio moral y, por otra parte, la nueva moral que trae el perverso no sobrepase los límites del espacio terapéutico.

Hace falta que nos detengamos sobre el trabajo de la psicoanalista francesa Piera Aulagnier (1978) quien ha dedicado un interesante estudio,

que destaca por su vigencia, acerca del estatuto que ocupa la perversión dentro del campo de la psicopatología mostrando las diferencias entre una *perversidad patológica* y otra *no patológica o normal* con el fin de hallar, dentro de la clínica psicoanalítica, un lugar para ésta. Posterior Freud, quizá éste se manifieste como uno de los desarrollos teóricos más significativos dentro de la clínica psicoanalítica relativa a las perversiones, ya que nos presenta una nueva forma de situar la perversión como una estructura a partir de los postulados de Jacques Lacan y su lectura de la teoría freudiana. Además, su revisión nos abrirá camino para situar cómo se entiende la perversión dentro del psicoanálisis en una de sus vertientes hoy en día.

A partir del *Estudio* de Henri Ey, reflexiona en torno a la patología de la perversión: “Si la perversidad se define por la organización sistemática de un programa vital de acciones cínicas y da testimonio, como acabamos de verlo, de un trabajo psíquico de selección, refinamiento y cálculo que le confiere su valor propio de escándalo y vicio, semejante forma de perversidad de la conciencia moral no es, no puede ser fatalmente siempre patológica (...) Si los psiquiatras encuentran tanta dificultad para hacer aceptar que cierta forma de perversidad sería enfermiza, les queda

interrogarse sobre el fundamento de una distinción propuesta por ellos mismos. Pero, tras haber admitido que hay una perversidad no patológica que es precisamente la más “pura”, veremos que no puede no haber una perversidad patológica” (Henri Ey en P. Aulagnier, 1978, p. 26). Tras esta aclaración, Henry Ey denuncia la diferenciación poco clara que sostiene la psiquiatría respecto del concepto de perversión, ya que estaría emplazando sujetos como portadores de una perversidad más “pura” a quienes toman las riendas de sus propias decisiones del Mal sobre el Bien y justifican con razones el valor de sus actos sin muestra alguna de egodistonía. Es decir, se sostiene una categoría de perversión “pura” y punible ante la ley, mientras que se rechaza la noción de “perversidad normal” entre otros sujetos que probablemente nunca lleguen a “enfrentar todas las de la ley” debido a que, en algunos casos, esta perversidad normal se manifiesta dentro del campo de lo sexual, a saber, en las perversiones sexuales.

Aulagnier dirá que “si excluimos del dominio de las perversiones en sentido estricto lo que no se deja reducir a una sintomatología sobreagregada a una estructura que en último análisis nos remitiría al registro de la neurosis o de la psicosis, nos hallamos ante lo que Henri Ey

denomina *perversidad normal* y ante lo que nosotros llamaremos *estructura perversa*” (1978, p. 28) y es a partir de este concepto de estructura que se logra ampliar el espectro de la perversión hacia lugares donde solo hasta entonces podíamos llamar como “sintomatología sobreagregada” a una psicosis o neurosis dada. En *Avances en psicoterapia psicoanalítica: hacia una técnica de intervenciones específicas* de Hugo Bleichmar (2011), podemos dar cuenta de la forma en que se describen una serie de síntomas masoquistas principalmente referidos a las neurosis obsesivas e histerias, pero en ningún momento se habla de la particularidad de las perversiones, sino que se les adapta según el orden del que se trate cada caso.

“Cualquiera que sea entonces el abanico sintomatológico que el sujeto perverso exhiba, dos puntos me parecen esenciales para dar cuenta del concepto de estructura perversa: la renegación y el desafío” (Aulagnier, 1978, p. 28). En lo que continúa de su trabajo, Aulagnier va a adentrarse en una descripción del funcionamiento psíquico del perverso volviendo sobre aquello que lo hace particular, principalmente destacando cómo llega el perverso a engendrar su propio deseo. Se trata de una apuesta por lo menos ingeniosa, ya que da espacio a una nueva escucha sobre lo que es el

discurso perverso y también ofrece una distinción clara entre psicosis, neurosis y perversión.

Se ha revisado hacia dónde apunta la revisión de la *Verleugnung* en la obra de Freud, en su lugar que ocupa dentro de sus aportes a la etiología de las perversiones. En este caso, nos preguntamos sobre las consecuencias principalmente clínicas, pero también políticas respecto del trabajo que hace Freud al indagar sobre un mecanismo de defensa propio de la perversión. Esto no supone que él haya dejado en su legado algo así como una clínica de las perversiones, no obstante muestra la riqueza de sus planteamientos en el campo de su psicopatología y etiología. Lo que sí podemos suponer es que hay una marcada intención de dar con una explicación –a lo menos-satisfactoria sobre lo que atañe al objeto del perverso y la relación del perverso hacia él. Precisamente para situarnos en cualquier interpretación posible de esta particular relación del perverso con su sexualidad, con la sociedad y con sus pares, volvemos a un examen que intenta ser exhaustivo respecto de la *Verleugnung*.

El problema de la estructura perversa y la perversidad normal propuesto por Aulagnier, así como también las consecuencias sobre el concepto de perversión que venía desde antes de los trabajos de Freud serán retomados entre las conclusiones del presente trabajo.

CAPÍTULO II:

INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA DESMENTIDA (*VERLEUGNUNG*) EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD

2.1 Introducción a la investigación de la *Verleugnung* en la obra de Freud

Este trabajo –si bien se ordena cronológicamente- no pretende de forma exclusiva aproximarnos históricamente a la perversión desde las publicaciones de Freud, sino que desde lo que conocemos como el mecanismo de defensa estructurante de la perversión hoy en día, desde las teorías de la escuela francesa, intentar definir el campo sobre el cual actúa, a saber, sus avatares y las direcciones que toma considerando desde sus primeras publicaciones hasta sus últimos –e inconclusos- escritos. Adelantamos desde aquí que la cuestión de la *Verleugnung* en Freud no queda del todo zanjada en sus escritos, sino que más bien nos encontramos con distintos acercamientos desde múltiples aristas que aparecerían mostrando significados de lo que opera dentro de la *Verleugnung* como un

concepto que se va nutriendo de distintos significantes desde sus primeros atisbos como un mecanismo que desde un comienzo no se vio directamente ligado al acto del sujeto perverso.

En un comienzo tenemos un acercamiento más fenomenológico que poco a poco va tomando la forma de un mecanismo de defensa propio de la doctrina de las pulsiones. Por ello, el particular interés sobre su evolución y las innumerables e inconclusas correcciones con que Freud fue dando forma a un concepto crucial en términos clínicos del psicoanálisis, ya que es según como se interprete la desmentida se abrirá o cerrará el campo de acción de la clínica sobre las diferentes formas de perversión.

Por supuesto, su comprensión –aunque no tan explícita en Freud, salvo en sus *Tres ensayos*- también atenderá una dimensión político y social del problema de la perversión. Como hemos visto, desde que los hombres de ciencia pueden decir algo sobre los actos perversos es que se abre la posibilidad de intervención desde la definición de la perversión. Aunque la dimensión ideológica de la perversión no se desarrollara en profundidad desde este trabajo, se desprende como un objeto a tratar en otro momento.

Algo que enseña esta breve revisión introductoria hacia la problemática de la perversión es que una pregunta que no se puede responder a priori es ¿qué es lo perverso?, no obstante cada interpretación posible de lo perverso (y sus mecanismos psicológicos subyacentes) será distinta según el punto de vista que se adopte y es hacia la definición del psicoanálisis y particularmente la dilucidación de Freud a la que nos atendremos en este trabajo revisando un concepto crucial que sostiene la perversión en el psicoanálisis.

2.2 Cimientos del concepto de *Verleugnung*

En toda la obra de Freud tenemos una constante respecto de la desmentida (*Verleugnung*): el autor la indica como una reacción ante la angustia. Este es el eje principal desde donde se sitúa para hablarnos de la *Verleugnung*. Si bien diversos autores han estudiado que este sería el mecanismo de defensa exclusivo o privilegiado de los perversos, no sería el único campo desde el que se desarrolla en Freud. De hecho, para que llegase a describirlo en 1927 en la publicación de *Fetichismo* como el

mecanismo que opera en la base del conflicto del fetichista, primero hubo un trabajo de acercamiento hacia la lógica que opera detrás de este mecanismo. Como veremos, no solo hay una lógica, sino una historia que comprende la metapsicología freudiana.

Se puede situar un primer hito respecto de la desmentida en plena Primera Guerra Mundial con la publicación de dos ensayos titulados bajo el nombre *De guerra y muerte* (1915) en donde por primera vez aparece la desmentida (*verleugner*) y la señala como una forma en la que opera el aparato psíquico ante la angustia. Como es de esperarse, en estos ensayos (más específicamente en el segundo, titulado “Nuestra actitud hacia la muerte”) se desarrolla la idea de desmentir en relación a la posibilidad de muerte teniendo como telón de fondo el desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

“En el fondo, nadie cree en su propia muerte” (1992a, p. 290), dirá Freud para anticiparse a la natural reacción del humano ante esto que angustia en uno de sus modos, y es que al parecer, el autor nos dice que el inconsciente se las arregla para intentar eludir el fin. La muerte no es capaz

de ser simbolizada ni proyectada más allá sin el auxilio de nuestras creencias. Para muchos, la religión vendría a colmar este espacio de incertidumbre -que eventualmente rebasa y es imperioso enfrentar-, ya que presenta una existencia más allá y más valiosa que la terrenal, en el caso del cristianismo; una existencia anterior y otra posterior, si se cree en la reencarnación, etc. Cada una de estas interpretaciones culturales respecto de la muerte (la extensión de la vida) funcionan como una desmentida (*verleugner*) ante la angustia que esta provoca. De este modo, se descansa sobre creencias que permiten dar una explicación de aquello que acaba con la vida de los seres queridos y que hace temer la muerte de uno mismo y de los demás.

En la guerra, hay soldados que deben enfrentar la muerte cara a cara y “esta ya no se deja desmentir {*verleugner*}; es preciso creer en ella” (Freud, 1992a, p. 292). Así se introduce la idea de que una representación puede permanecer en el aparato psíquico de forma consciente, sin que esta (la muerte) pueda hallarse en el inconsciente --una primera formulación de lo que vendría ser desmentir para Freud. El sujeto puede tener ideas respecto de su propia muerte, sin embargo le es imposible su representación

sino a través de la ficción, en donde “morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos y estamos prontos a morir una segunda vez con otro, igualmente incólumes” (Freud, 1992a, p. 292).

En el contexto durante el que escribe Freud, hay dos tipos de personas, quienes arriesgan su vida en la batalla y quienes se quedaron en casa “y no tienen otra cosa sino esperar que la muerte les arrebatase uno de sus seres queridos por herida, en enfermedad o infección” (1992a, p. 292). Del hombre que arriesga su vida en batalla el autor dirá que sabe demasiado poco como para referirse al respecto, sin embargo, puede mostrar que en el segundo grupo –donde él pertenece–, la conducta del hombre en relación a la muerte puede revisarse desde la prehistoria, en donde el hombre primordial se tomó en serio la muerte, era reconocida como supresión de la vida y se vale de ella; “por otra parte, empero, dio el mentís a la muerte, la redujo a la nada” (1992a, p. 293). Una doble forma de situarse respecto de la muerte, una contradicción que llevó a tomar el aniquilamiento del otro como un mero trámite para conseguir los fines deseados, y por otra parte, una afección ante la supresión de los seres queridos. Así, el perdurable recuerdo del difunto querido se vuelve la “base para que se supusieran otras

formas de existencia” (1992a, p. 295) y con ello, la contradicción que da la raíz al conflicto manifiesto ante la muerte: el hombre no pudo mantener la muerte lejos de sí y no quiso admitirla, pues no pudo representarse a sí mismo muerto.

En este momento, Freud nos entrega el desarrollo de ideas que posteriormente servirán para un estudio metapsicológico más profundo y directamente relacionado con las estructuras psíquicas y la psicopatología propias de su obra. Estas son las principales pistas que se dejan entrever en estos ensayos:

En primer lugar, podemos diferenciar la desmentida de la negación, como un proceso que opera en el aparato psíquico directamente relacionado con la percepción. La fórmula que encontramos para la negación es la cancelación de una represión sin su aceptación. En la sentencia “no moriré” se entiende una cancelación de represión respecto de las creencias de muerte, sin embargo no se acepta como posibilidad para el hablante. En el caso de la desmentida, tal como Freud desarrolla su aproximación hacia la angustia de muerte, se puede ilustrar del siguiente modo “moriré, aun viviré

en el Cielo”, o bien “moriré” ambas implican una aceptación de la angustia de muerte, no obstante una muerte imposible de ser representada. El mismo Freud se encarga de desarrollar la cuestión de la muerte más ampliamente a lo largo de este texto y nos deja con la sentencia de que “cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad” (Freud, 1992, p. 290) (Esta última corresponde a la continuación de la misma oración citada párrafos atrás). Si concedemos la razón a esta última oración, habríamos de admitir un compromiso psíquico en relación a la muerte; compromiso que vendría a proteger al hombre de enfrentar la propia muerte.

En segundo lugar, se sostiene la idea de un evento o situación traumática que causa angustia relacionada a la activación de la desmentida. En este texto se corresponde con la muerte (evento que posibilita la angustia) que se hace tan real que es imposible que el aparato psíquico tome alguna vía alternativa donde “ya no se deja desmentir {*verleugnen*}; es preciso creer en ella” (Freud, 1992a, p. 292).

En tercer lugar, se trata de un primer desarrollo de Freud respecto de la desmentida que no está dispuesta hacia ninguna psicopatología ni

estructura clínica. Solo es retratada como una salida posible ante una angustia de muerte. Aún no hay atisbos de fetichismo o perversión.

En cuarto lugar, que la religión permite arrebatarse a la muerte de su significado cancelador de la vida. Se trataría de una desmentida convencional-cultural. Lo que reafirmaría que: a) la desmentida es una protección ante la posibilidad de muerte. B) nos es común a todos como fenómeno.

Cuatro años después, en 1919, Freud publica *Lo ominoso*, artículo dedicado a trabajar la idea de el valor que cobra el objeto perdido en la reanimación de complejos infantiles, en donde este objeto, de carácter material viene a superponerse en la realidad psíquica y se relaciona con el deseo del sujeto: la búsqueda del objeto perdido en las formas en que se repite.

Así como en la desmentida en guerra, ocurre que lo ominoso para el humano también es sometido a un proceso similar: el objeto perdido es una imagen o un material que nos hace sentir lo ominoso, pero también se trata

de un objeto imposible de simbolizar: objeto que solo se muestra a través de la compulsión a la repetición. Este sentimiento puede ser experimentado también mediante la ficción y se puede obtener satisfacción a partir de esto. No obstante, cuando se vivencia, este sentimiento cobra un valor mucho más elevado en su intensidad, debido al carácter pulsional que moviliza aquello que calificamos como ominoso.

Freud dirá que “lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (1992b, p. 220). Por principio, lo ominoso sería aquello familiar que devino terrorífico, o bien, lo familiar que retorna –algo conocido- y causa el sentimiento de ominoso en cuanto se deja ver como retorno de lo igual: retorno de lo reprimido. “Lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión, o cuando parecen ser reafirmadas por unas convicciones primitivas superadas” (Freud, 1992b, p. 248).

Este artículo es significativo, a mi parecer, si se lo toma en consideración como un punto de anclaje entre el efecto del proceso de

desmentida y el complejo de castración. Para ello, se debe considerar la primera forma del sentimiento de lo ominoso, en tanto un complejo infantil es que reanimado por impresiones en la vida adulta que se remontan a lo antiguo y primitivo de la infancia. Sabemos además de la relación que se establece entre el momento de la impresión y el proceso de desmentida, tal como desarrolla posteriormente Freud en su obra si lo comparamos con la importancia de la percepción en el fenómeno de lo ominoso: ocupa el lugar desde donde se enfrenta aquello que deviene terrorífico en su retorno. Tanto en el proceso de la desmentida como en el sentimiento ominoso hay un retorno hacia un momento primordial que es el que se fijó en el aparato perceptivo.

Si bien en este artículo no refiere en ningún apartado a la desmentida como proceso psicológico (en la página 235, primer párrafo, hay una referencia a una “enérgica desmentida {*Dementierung*} del poder de la muerte”, no habríamos de confundirla con la *Verleugnung*), no se puede dejar pasar por alto el modo en cómo Freud va delimitando aquel objeto que retorna como reminiscencia del complejo de castración. Hasta el momento, no hallamos tampoco referencias al proceso perverso o fetichista, aunque

claramente se va abriendo un camino hacia la construcción de esta ideas mediante la definición de parámetros y operaciones que actúan en el complejo de castración, principalmente el retorno de vivencias e imágenes que producen el sentimiento de lo ominoso relacionadas con aquellos traumas infantiles constituyentes de cada sujeto, y más precisamente va a mostrar cómo ese sentimiento terrorífico se vivencia en el presente del hombre.

La organización genital infantil, publicado en 1923, resuelve en una descripción dinámica respecto del funcionamiento del proceso de desmentida (aquí *leugnen* [1992c, p. 147, nota al pie nº4] traducido como “desconocimiento”) proporcionado por Freud para explicar el desarrollo de la organización genital infantil durante la fase fálica, previa a la culminación del complejo de Edipo. En este breve ensayo se despliega la idea que da forma a la dinámica de la desmentida, explicando que ante la percepción del genital castrado intercede un proceso psíquico que permite que el pequeño pueda refugiarse de la angustia que lo acecha provocada por la observación de la no existencia de un falo en la mujer, con el fin de sostener la creencia de que “aún no le ha crecido”.

En el desarrollo de este ensayo, se esbozan distintas ideas respecto de la desmentida ante la percepción de los genitales femeninos. En primer lugar, cabría destacar que Freud no presenta una aproximación psicopatológica respecto de la desmentida (o *desconocimiento*, como se traduce en el ensayo), sino que lo sitúa como posibilidad, una característica propia del proceso sobre el que se desarrolla la sexualidad infantil próxima al sepultamiento del complejo de Edipo, que despertaría en el sujeto ante la angustia de castración.

Mecanismo descrito en el contexto del complejo de castración: recordemos que anteriormente se había mencionado un proceso similar también desmentida {*leugnen*} como una posibilidad ante la angustia de muerte. Se plantea la desmentida como una salida frente a distintas angustias en vivenciadas por el sujeto.

Surge como defensa ante un evento traumático relativo a la percepción de un objeto imposible de simbolizar. Así como en *De guerra y muerte* (1915) había sido implantada la idea de que la propia muerte era imposible de simbolizar y, por lo tanto, sobre ella se introducían una serie

de creencias que operan como subterfugio ante el fin de la vida; acá lo imposible de simbolizar es la posibilidad de ser castrado, la pérdida: “para él, es natural presuponer en todos los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que él mismo posee; más aún: sabemos que hasta en las cosas inanimadas busca una forma análoga a su miembro. Esta parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa en alto grado el interés del niño y de continuo plantea nuevas y nuevas tareas a su pulsión de investigación...” (Freud, 1992c, p. 146). Este preciado miembro, que ocupa gran parte de las sensaciones del niño en esa etapa, es protegido de la castración mediante la desmentida. Se infiere que lo imposible de simbolizar en esta etapa del desarrollo genital infantil es el cuerpo destruido/aniquilado/desmembrado, también la imposibilidad de que la madre no tenga pene (perderla como sujeto deseante y –junto a ello– no poder ser seducido por ella).

Reactivo a ella en tanto se describe desde un primer tiempo como una angustia frente a la castración, es decir, ante la posibilidad de perder el pene (en el varón) y ante la aceptación del no poseer un pene (en la niña).

En *La pérdida de realidad en la psicosis y neurosis* (1924), Freud estudia las (perturbadas) formas de acceso a la realidad desde la psicosis y la neurosis. No se trata tan solo de una pérdida de realidad, tal como muestra el título, sino que también esta realidad es sustituida desde distintas aproximaciones, lo que haría distinción entre el psicótico y el neurótico.

Si bien, ambos perturban su nexa con la realidad, el yo del neurótico ha sometido un fragmento del ello que retorna producto del fracaso de su represión. Esta moción pulsional mediocrementemente reprimida aporta al resarcimiento de lugares perjudicados del ello, se trataría de un proceso intrapsíquico que reacciona en contra de la represión. Freud dirá que en la neurosis (“resultado de una represión fracasada” [1992d, p.193]), se establece otro vínculo con la realidad objetiva, que establece un compromiso entre las fantasías provenientes del ello y lo que ofrece la realidad misma. A esto Freud le llamara un escape simbólico ante la angustia que provoca el mundo exterior.

Por otra parte, en las psicosis, “ese mismo yo, al servicio del ello, se retira un fragmento de la realidad {*Realität*, <<contenido objetivo>>}”,

creando una nueva realidad que se superpone a este contenido objetivo. La psicosis sustituye la realidad y “plantea la tarea de procurarse percepciones tales que correspondan a la realidad nueva, lo que se logra de la manera más radical por la vía de la alucinación” (1992d, p. 196). Habría un fragmento de la realidad rechazado que se va “imponiendo cada vez más a la vida anímica, tal como en la neurosis lo hacía la moción reprimida” (1992d, p. 196).

Tanto en el psicótico como en el neurótico perturbados en su acceso a la realidad operarían distintos mecanismos en el proceso de alejarse respecto de ésta, determinados por una cuestión que en principio tiene que ver con la tónica del aparato psíquico, ya que las fórmulas bajo las cuales Freud describe ambas afecciones no son diferenciadas completamente respecto de un mecanismo de defensa en particular ante la angustia. En ambos casos habría represión y en ambos casos esta fracasaría, la diferencia estaría en cómo se restablece el vínculo sobre la realidad.

En este punto de su obra, Freud retoma el concepto de desmentida para relacionarlo con estos fragmentos de realidad reprimida que retornan

sobre el sujeto y que causan angustia. Podría confundirse o acceder a una mala lectura de la situación de la *Verleugnung* particularmente en este texto, ya que el autor dirá en distintas ocasiones (Freud, 1992d, p. 194 y p. 195) respecto del psicótico que éste desmiente la realidad, diferenciando al neurótico, quien reprime sus afectos.

Hasta este punto, la desmentida ha sido relacionada respecto de la angustia de castración, angustia de muerte y ahora psicosis. Aunque debemos ser claros, en este ensayo de 1924, la realidad del psicótico se define en distintos términos: además de que éste “desmiente la realidad” (1992d, p. 194 y 195), también la “rechaza” (1992d, p. 196), “hay un extrañamiento” (1992d, p. 196) de ella, se “pierde (la realidad)” (1992d, p. 194), es “abandonada” (1992d, p. 195), por lo que se debe admitir que no hay un desarrollo propio de algún mecanismo de defensa privilegiado de la psicosis, sino más bien un intento por graficar la separación radical que tiene el psicótico respecto de la realidad objetiva y una reconstrucción de ésta en forma de delirios y alucinaciones.

A pesar de todas las significaciones Freud da respecto de la pérdida de realidad en la psicosis, queda más o menos visible que la desmentida es relacionada con algún aspecto que consideró psicopatológico. Aún no da cuenta de un trabajo metapsicológico, aunque deja el camino abierto como una inquietud.

2.3 Lugar de la *Verleugnung* en la metapsicología freudiana

Hasta esta parte de la obra de Freud la *Verleugnung* está aún en vías de encontrar su lugar dentro de la metapsicología psicoanalítica. Si bien es abordada en distintos trabajos, estos no la sitúan como mecanismo propio de alguna psicopatología. Los primeros tres textos que han sido revisados Freud da cuenta de ello al explicar una vía alternativa a la represión para sortear la angustia provocada por fenómenos tales como la muerte (1915), la castración (1923) y, en términos más o menos inexactos, la realidad en la psicosis (1924). La desmentida ha ocupado el lugar de un mecanismo intermedio entre el sujeto y su angustia ante la realidad objetiva. Es una respuesta aparejada a la percepción: se desmiente algún elemento que se

toma por la vía de la percepción debido a la acción que ejerce este en el psiquismo del sujeto.

Recordemos que Freud en *La negación* señala que “la percepción no es un proceso puramente pasivo, sino que el yo envía de manera periódica al sistema percepción pequeños volúmenes de investidura por medio de los cuales toma muestras de los estímulos externos, para volver a retirarse tras cada uno de esos avances tantaleantes” (1992e, p. 256). Son estos pequeños volúmenes de investiduras los que toman un camino distinto en su retorno al aparato psíquico gracias a la acción de la desmentida.

La relación entre perversión y desmentida es estudiada desde aquí en adelante tomando como punto de partida *El problema económico del masoquismo* (1924), ensayo que revisa, como adelanta su título, la relación entre las pulsiones infantiles y el masoquismo en la vida adulta. Este texto sitúa un primer guiño de Freud respecto a la perversión y la desmentida como mecanismo fundante, tomando en consideración que es la desmentida de la castración, aquello que cristaliza las fantasías masoquistas propias del estadio fálico de organización genital (1992f, p. 170). Este ensayo podría

situarse como una extensión de lo que ya se había intentado esbozar en *La organización sexual infantil* (1923), ya que acá, manteniendo la fórmula y el hilo de las indagaciones planteadas un año atrás, Freud se plantea una salida posible del complejo de castración con un devenir masoquista.

En contraparte al curso que Freud llamaría “normal” respecto de la sociedad en el devenir pulsional, el masoquismo nos aproxima al estudio de una dirección alternativa de la libido. Como plantea el título, tras el problema económico del masoquismo erógeno, es decir, aquel que tiene la excitación sexual como efecto colateral, se encuentra la desmentida como uno de los tajamares de la pulsión que aunque consiguiendo que gran parte de este flujo libidinal se vuelva en contra del propio sujeto, abre una dirección de la libido distinta a la del neurótico. Es el quehacer fálico el que se ve intervenido por motivo de la angustia de castración. La mutilación del miembro del niño y, por lo tanto, su imposibilidad de acceder al deseo, suscitan la necesidad de tomar un camino ante la angustia que genera y es que las fantasías masoquistas en la fase fálica tienen un lugar privilegiado como fantasía de la época del amor incestuoso (Freud, 1992g).

Respecto de la fase fálica, Freud (*La organización sexual infantil*) (1992h) dirá que tanto para la niña como el niño “no hay un primado genital, sino un primado del falo”, para ambos en esta etapa se vivencia un apogeo de sus genitales, no obstante, por un lado la niña siente envidia del pene del cual fue dotado el niño (y del cual ella no ve rastro), y el por otro, el niño al ver los genitales femeninos, cree ser eventualmente despojado de ellos. Para las primeras, la etapa fálica comienza con el descubrimiento de su castración y su posterior envidia del pene y desprecio por su madre, quien no la dotó de uno similar, mientras que para el niño comienza al levantar sospecha de su eventual castración. En este proceso rico en fantasías incestuosas (dar un hijo al padre; poseer a la madre) intercede la desmentida que ahora en *Algunas diferencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) Freud nos enfrenta a un problema que se ha revisado anteriormente: la ligazón entre desmentida y psicosis.

Para revisar este punto tomaré la cita que nos sitúa en la alarma que el autor anuncia:

“[respecto de la castración en el varón] Nada de esto ocurre a la niña pequeña (...) En este lugar se bifurca el llamado complejo de masculinidad

de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles. O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar *desmentida*, que en la vida anímica infantil no es ni raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis. La niña se rehúsa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón (Freud, 1992i, p. 272; los corchetes son míos)”.

¿Cómo debería ser tomada esta sentencia de Freud? Realmente nada acerca de la relación entre *desmentida* y psicosis está clarificada posteriormente en el ensayo, por otra parte, circunscribe esta relación solo al adulto, por lo que deja esto de lado, en pausa, mientras sigue hilvanando ideas respecto de la fase fálica en la mujer.

Es muy interesante este momento, puesto que nos vuelve a dejar sobre terreno movedizo por lo que afecta los progresos de la idea de desmentida, esta se ha ido gestando como un concepto y va tomando cada vez más fuerza dentro del aparato conceptual psicoanalítico que propone Freud, en cualquier caso sus progresos no hallan un camino todavía luminoso. Vuelvo a la cita: “sobreviene un proceso al que me gustaría designar *desmentida*”, esta denominación conceptual que escribe, es la instauración de un hito en su obra. Es probablemente el inicio de sus estudios formales respecto de la desmentida, aunque no podemos desconocer todo lo que tras este significante viene dando vueltas hace años. Sin embargo acá, donde Freud propone el destino de la desmentida, va a dejarnos en un lugar ambivalente. Con respecto al proceso dirá que “en la vida anímica infantil no es ni raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis” (Freud, 1992i, p. 272).

¿Qué quiere decir que en el adulto llevaría a una psicosis? Desde mi punto de vista, Freud está pensando este proceso ligado a la percepción tanto como con el juicio, especialmente con este último si revisamos la cita anterior, pues es el rehuir del hecho de la castración aquello que afirma la

desmentida y eso que afirma es la convicción de poseer un pene. Por otra parte, respecto de la desmentida y la percepción, Freud anteriormente habría detallado una definición de la desmentida refiriéndose a la castración en el varón:

“He aquí una interesante oposición en la conducta de ambos sexos: en el caso análogo, cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de la niña, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, o desmiente su percepción, la deslía, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa. Solo más tarde, después que cobró influencia sobre él una amenaza de castración, aquella observación se le volverá significativa; su recuerdo o renovación mueve en él una temible tormenta afectiva, y lo somete a la creencia de la afectividad de la amenaza que hasta entonces había echado a risa” (Freud, 1992i, p. 271)

En esta cita Freud indica que lo desmentido es la percepción, con el fin de buscar un subterfugio para “hacerla acordar con su expectativa” (1992i, p. 271), la expectativa de no ser desprendido de sus genitales. De este modo, tanto percepción como juicio encuentran cabida dentro del proceder de la desmentida, ya que ambos procesos son parte de la

representación de un suceso: la pérdida del falo. Tanto el niño como la niña temen no poseer el falo y es el proceso designado desmentida el que ofrece la salida, sacrificando juicio (convicción de poseer algo que no se tiene) y percepción (ver algo que no está ahí realmente).

La alteración de estos procesos son para Freud parte del devenir de la psicosis en los adultos, de todas formas siendo un proceso normal en la infancia, eso es lo que deja entrever en este ensayo como un acercamiento a esta enfermedad. Para comprender por qué Freud viene a relacionar la desmentida con las psicosis, habría que volver un año atrás e indagar en *Neurosis y psicosis* (1924), artículo en el que actualiza el lugar de las psicosis en relación a sus nuevos descubrimientos de *El Yo y el Ello* (1923). En este descubrimiento que conocemos como segunda tópica, el autor sitúa estas afecciones: “La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que las psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (Freud, 1992j, p. 155). En primer lugar, es notable que para Freud el mundo exterior pasa a cobrar el valor de una instancia psíquica, lo cual tiene consecuencias en la comprensión de la dinámica pulsional y debemos también tener en cuenta

que mundo exterior es aquello que ofrece la realidad objetiva (de cualquier manera, son los montos libidinales enviados por el aparato psíquico a través del aparato perceptivo aquellos que le otorgan un valor pulsional al mundo exterior). Luego, es en base a esta fórmula que expone brevemente que vendrá a cuestionar el mecanismo que intercede entre la realidad y el yo.

Se puede observar el paralelismo en la obra Freud en esta época respecto de sus trabajos y pareciese que uno a otro van respondiendo y abriendo preguntas que formula. Es por ello que aparecen guiños en un lado y en otro que se pueden ir respondiendo en la medida en que se estudian estos textos de forma paralela. En efecto, si tomamos la conclusión con que cierra *Neurosis y psicosis* (1924) y la situamos como una problemática contingente en el desarrollo de su obra durante estos años, podemos establecer una relación. Y asimismo procederé:

“Para concluir, cabe apuntar un problema: ¿Cuál será el mecanismo, análogo a una represión, por cuyo intermedio el yo se desase del mundo exterior? Pienso que sin nuevas indagaciones no puede darse una respuesta, pero su contenido debería ser, como el de la represión, un débito de la

inversión enviada por el yo.” (Freud, 1992j, p. 159) Esta pregunta está dirigida en la búsqueda de un mecanismo psíquico que opere como base a las psicosis.

Ya revisamos cómo Freud advierte que la que este proceso en la adultez puede llevar a una psicosis, sin embargo queda más camino por revisar en relación al mecanismo de desmentida y psicosis. Ciertamente, a lo largo del presente trabajo se puede observar el proceso investigativo de Freud entorno a la *Verleugnung* y es visible la inquietud que lo lleva a indagar sobre la relación entre el complejo de castración, lo ominoso, la percepción, la negación y la angustia. Es precisamente en Fetichismo (1927) donde el autor finalmente consigue dar con terreno sólido guiándose por las coordenadas anteriormente mencionadas. La desmentida viene a situarse como el proceso psíquico predilecto dentro de este entramado teórico y clínico.

2.4 Fetichismo y *Verleugnung*

Aún no tenemos clara la diferencia entre el proceso psíquico que operaría en las psicosis, pero con la publicación de *Fetichismo*, Freud abre un nuevo campo de estudio de la perversión fetichista que anteriormente ya había sido revisada en *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905). La diferencia es que ahora en el año 1927 se había consolidado con la publicación de *Yo y el Ello* (1923) y *Más allá del principio de placer* (1920) una nueva forma de entender el aparato psíquico desde lo dinámico, tópico y económico y es desde aquí que Freud realiza un análisis del fetichismo.

Para revisar el trabajo de Freud en *Fetichismo*, retomaremos algunos aspectos de la perversión ya celebrados en *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Acá dirá que el fetiche es por lo general una parte del cuerpo poco apropiada a un fin sexual o un objeto inanimado que hace relación con la sexualidad de la persona. Además, nos dice que se trata de un objeto sobreestimado que conlleva un abandono de la meta sexual, es decir, el sujeto queda fijado en el objeto que escoge como fetiche. Indica también

que el objeto fetiche solo es patológico en tanto se reemplaza la meta sexual; el objeto fetiche pasa a ser el objeto sexual del sujeto.

El mecanismo subyacente al anclaje de este fetiche no se ha indagado aún. Freud se encuentra en una fase de exploración en el área de las perversiones sexuales y la sexualidad infantil. Sin embargo, da una pista desde donde parte su búsqueda: se inspira en el trabajo de Binet para decir que habría una impresión temprana que cobra importancia en la elección del fetiche.

“En la elección del fetiche se manifiesta –Binet [1888] fue el primero en aseverarlo y luego se documentó abundantemente- la influencia persistente de una impresión sexual recibida casi siempre en la primera infancia. Se puede parangonar esto con la proverbial pervivencia del primer amor en las personas normales. Una derivación de esa índole es particularmente nítida en los casos que presentan un mero condicionamiento fetichista del objeto sexual. En otro lugar volveremos a tropezar con la significatividad de las impresiones sexuales tempranas.

En otros casos es una conexión simbólica de pensamientos, las más de las veces no consciente para el individuo, la que ha llevado a sustituir el objeto por el fetiche. Los caminos de estas conexiones no siempre pueden señalarse con certeza; no obstante tampoco este simbolismo parece siempre independiente de vivencias sexuales de la infancia” (Freud, 1992k, p. 140-1)

Nos parece indicar que habrían dos formas en las que el sujeto adquiere el fetiche: (1) mediante un “mero condicionamiento” (1992k, p. 140) en el que el objeto tiene relación con la influencia de una impresión temprana relacionada con el primer amor de las personas normales y (2) una conexión simbólica inconsciente. En la primera forma, tenemos un condicionamiento dado por la percepción de un objeto que cobra valor posteriormente en la vida adulta. La importancia de la percepción como mecanismo de introyección de aspectos trascendentales en la sexualidad del individuo es un punto inicial en la primera forma descrita por Freud; luego en la segunda sobresale el misterio de un mecanismo inconsciente: una asociación o conexión sin que el sujeto pueda saber cómo llegó a ocupar ese lugar privilegiado en su vida sexual.

Por cierto, en relación al mecanismo inconsciente de “asociación simbólica”, aún no habrán hallazgos en este momento de su obra. De este mecanismo podríamos decir que derivarían las siguientes investigaciones de Freud en la búsqueda de una dinámica detrás del anclaje de la meta y objeto sexual fetichista. No sabremos de una precisión clara acerca de este mecanismo sino hasta 1923, como ya hemos revisado anteriormente.

No obstante, respecto del “condicionamiento del fetiche”, Freud retomará en páginas posteriores y conclusivas de los tres ensayos (1992k, p. 221-2) el problema de la *adhesión* y la *fijación* como fuerzas que en los perversos y neuróticos cobran importancia en el desarrollo de su sexualidad. Se tiene que en personas bajo condiciones y escenarios similares, habría un devenir diferente respecto de sus metas y objetos sexuales. En el mismo ensayo, dirá que hay un componente hereditario que influiría en el devenir psiconeurótico o perverso y, por lo tanto, en la propensión a la adhesión o fijación. Quizá estos dos conceptos que usa Freud para describir el punto de partida del fetiche, no obstante habría que admitir que cada una de estas fuerzas se entraman en el ensayo sin discriminar entre las categorías de las

perversiones sexuales (fijación o adhesión a un fetiche, zonas no erógenas del cuerpo, etc.) ni la sexualidad neurótica (infantilismo).

Desde la publicación de *El yo y el ello* (1923), Freud (1992) se sitúa desde un nuevo punto de vista para interpretar al psicoanálisis y más específicamente al aparato psíquico. Dejando de lado gran parte de su mirada fenomenológica de la psiquis, se extiende hacia nuevos ejes de investigación: tópico, económico y dinámico.

Para precisar la comprensión del mecanismo de desmentida haremos algunas puntualizaciones desde el artículo *Fetichismo* (1927). Es a partir de este texto que se tiene a este mecanismo arraigado en el espectro de la psicopatología perversa y la escisión del yo (Rojas, 2005). Este no es el único trabajo donde Freud se detiene a analizar la desmentida, sin embargo sí es el artículo en el que dicho concepto tiene mayor protagonismo –aun girando entorno al fetichismo–, esto principalmente porque desde esta publicación la desmentida toma lugar en el campo de lo pulsional.

Según el prólogo de James Strachey dedicado a *Fetichismo*, hasta este momento el estudio de la desmentida (*Verleugnung*) ha sido revisado en torno a la relación de los niños varones respecto de la angustia ante la castración. Es decir, se entiende por desmentida aquel momento en que el aparato psíquico infantil, durante la etapa fálica, decide negar la inexistencia de pene en la mujer a causa del horror que la pérdida de su propio miembro aduce la misma percepción. Freud sugiere que esta situación produce en el niño, por un lado, la negación inconsciente de la falta de pene en la mujer y por otro, la aceptación perceptiva del aparato femenino (en este caso, la no existencia de pene). Se podría plantear que hasta entonces tenemos un concepto que aporta descriptivamente dentro de la dinámica de la amenaza de castración y el *sepultamiento* del complejo de Edipo¹.

Ante el panorama anteriormente descrito, tenemos que esta angustia es paleada en el amparo de un mecanismo psíquico que permite tolerar un conflicto. Entonces se forma un compromiso entre la conservación del pene

¹ En la publicación del año 1924, *El sepultamiento del complejo de Edipo*, se estudia la diferencia entre los sexos durante la infancia respecto de la amenaza de castración y la salida al complejo mismo y a partir de las menciones de Freud sobre el proceso de castración, cabría

(inconsciente) y su resignación (perceptiva). Este conflicto descrito por Freud hacia el año 1923 viene a proteger al niño de la castración: aquella culpa que moviliza al pequeño, la misma que le hará perder su pene y que manobra la fantasía en la que “pegan a un niño”, también será en parte redimida por este compromiso.

El hincapié que se hace sobre *Fetichismo* (1927) no es en absoluto azaroso. El profesor Hugo Rojas en su tesis doctoral, *Las concepciones psicopatológicas de Sigmund Freud* (2006), ha dejado algunos puntos sobre la mesa en lo que confiere a la psicopatología freudiana y respecto de la escisión del yo y la desmentida (capítulo seis, apartado noveno) su estudio toma como punto de partida Fetichismo. Retomaré más adelante algunos otros de los puntos que comenta, pero primero haría falta agregar y justificar por qué es que se elige esta publicación como el inicio de las investigaciones acerca de la desmentida.

Si bien he intentado mostrar desde dónde se ha conjugado la *Verleugnung* desde los primeros esbozos y comentarios que recibe en la obra de Freud, es en *Fetichismo* donde recibe un despliegue que abarca

todos los ejes de lo que conocemos como un mecanismo de defensa en la última parte de la obra del autor. Quisiera retomar aquellos aspectos donde se sitúa la desmentida.

En primer lugar, cabe mencionar que hasta acá tenemos que se trata de un mecanismo que trastoca el inconsciente y lo compromete con el yo y la percepción. Luego, se trata de un mecanismo propio de niños y niñas durante la etapa fálica y que es una forma de defensa ante la angustia de castración. Incluso desde antes Freud comprendía la desmentida como un proceso que le correspondía al sujeto ante la angustia (en términos muy generales). Por otra parte, tenemos que Freud ha mencionado la importancia del desarrollo psicosexual en los niños y asimismo los nexos entre la organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del superyó y período de latencia (Freud, 1992m) y es precisamente el devenir de este desarrollo que se ve interceptado por el mecanismo de la desmentida, cuya consecuencia sería la aparición de un compromiso psíquico que trae como consecuencia síntomas y una particularidad en el deseo del individuo, en su vida afectiva y en sus vínculos o lazos sociales.

Freud dirá en 1927 que hay un grupo de individuos varones cuya vida sexual está regida bajo el imperio de un fetiche a quienes ha dedicado tiempo de estudio y análisis en su consulta. Estos sujetos viven su anormalidad de objeto sexual con placer y su adicción no les provoca padecimiento. Indica incluso que les facilita su vida sexual, pues al tener al fetiche más cerca de cómo objeto sexual, la persona detrás del fetiche queda enmascarada tras la investidura hacia el objeto fetiche. Además, agrega –y se adelanta–: “el fetiche es un sustituto del pene (...) no es el sustituto de uno cualquiera, sino de un pene determinado, muy particular, que ha tenido gran significatividad en la primera infancia, pero se perdió más tarde” (p. 147), y es esto lo que consideramos producto de la desmentida. La formación de compromiso, arraigada en la primera oleada sexual infantil, regiría el futuro del fetichista.

Es esto a lo que aún no llegaban las publicaciones anteriores de Freud, aquella solución que brinda la desmentida ante la angustia de castración parece dejar residuos distintos a los del neurótico en este triunfo erigiendo en el inconsciente como *stigma indelebile*.

Desde aquí en adelante tenemos una posible solución a la ecuación del mecanismo de desmentida: la <<elección de objeto regida por un fetiche>>, cuando los “individuos exigen de sus objetos sexuales el cumplir con poseer determinadas características para poner en acción el deseo sexual y llegar a la realización de la relación sexual” (Rojas, 2005, p. 458) o el <<fetichismo como perversión>> que “exige con exclusividad que el objeto sexual posea esas determinadas características, o esté provisto del objeto que debe acompañarlo como fetiche, siendo, en otros casos, completamente indiferentes o inhábiles para el desempeño de la sexualidad, ya sea por que experimentan angustia, o presentan una clara impotencia ²” (Rojas, 2005, p. 458). Estas soluciones vienen a completar el mapa del mecanismo de desmentida con una posible salida en el campo de la relación sexual. Este desarrollo metapsicológico de Freud es sin duda producto de un recorrido que viene siendo pensado desde mucho antes. Hemos situado como inicio de esta búsqueda en el año 1915 con la publicación de *De guerra y muerte* y no debemos confundirla con el inicio de los estudios de la perversión, situada en 1905 con los *Tres ensayos*.

² El psicoanalista chileno agrega que “en los casos más extremos de fetichismo como perversión, el individuo prescinde de la persona y puede obtener satisfacción con el auxilio exclusivo del fetiche, en estos casos el fetiche subroga completamente al objeto sexual” (p. 458).

Tenemos que en este año (1927) la desmentida viene a ocupar un lugar privilegiado en la obra de Freud para explicar el fetichismo. El extenso camino recorrido nos ofrece una salida psicopatológica en un síntoma que rara vez provoca padecimiento. Este síntoma es la creación de un sustituto dado el horror que produjo en el perverso la castración.

Siguiendo al profesor Hugo Rojas (2005), habría que destacar en primer lugar que la desmentida en *Fetichismo* (1927) nos ayuda a entender “el origen del fetiche y la función que cumple en la economía psíquica” (p. 458). La imposible renuncia al falo materno que vendría a ser aquella forma de relacionarse al otro por intermedio de un falo simbólico, aquel que habita en la madre y es desplazado al objeto fetiche y que, por lo tanto, aplica como condición en la relación. La libido queda situada en el objeto fetiche de forma parcial o completa.

Entonces, precisemos cómo funciona la desmentida para llegar a la creación del objeto fetiche. Primero, tenemos que es un proceso en donde el sujeto (varón, niño, etapa fálica) se rehúsa enérgicamente a ver la castración

en la mujer. El castigo que significa la pérdida del pene sería la consecuencia de aquellos movimientos que involucran al cuidador cuando comienza a percibir descarga genital de la excitación sexual presente en el varoncito. “La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño {ante la amenaza de castración} es la de los genitales femeninos. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niña, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida de su propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad” (Freud, 1924, p. 183). La desmentida vendría a asegurar, en parte, que aquella observación no sea asumida y que, por lo tanto, no se vea tal castración del lado de la mujer.

Se hace imposible precisar lo que significa que un niño sea capaz de ver, pero al mismo tiempo no asumir la falta de pene allí donde la habría y es en este mismo momento en que Freud necesita indicar tales características de este proceso en medio de las discusiones médicas psiquiátricas de su época. Para contextualizar, desde 1925 Laforgue habla (mediante correspondencia con Freud) de un proceso llamado

<<escotomización>>, término que aún se suele ocupar en la psiquiatría para designar aquel mecanismo que opera preferentemente en la esquizofrenia (demencia precoz) y que permite al enfermo, de forma positiva, negar una percepción. Durante sus primeros años de clínica psiquiátrica con pacientes histéricas, Freud trabajó sobre un fenómeno similar que consistía en la ausencia de percepción de un objeto presente en el campo perceptivo del sujeto tras hipnosis y era llamado *alucinación negativa*. Es la *escotomización* que, años después, viene a suplantar ese término desechado por nuestro autor (Roudinesco, 1999, p. 353).

Freud se sitúa en la discusión médica desde entonces en 1925 cuando en su correspondencia con Laforgue, este le sugiere ponerse de acuerdo en que *escotomización* sería el término adecuado para la represión de elementos presentes en la realidad, negados por la percepción en las esquizofrenias. Sin embargo, la negativa de Freud se manifiesta de manera epistolar: “He leído su artículo en alemán sobre la *escotomización* de cabo a rabo, ahora comprendo el porqué este concepto y su relación con la represión presentan tales dificultades para mí. Anoto que, a este respecto, usted no acepta la representación metapsicológica que se esfuerza por

caracterizar un acontecimiento psíquico por así decir. Al abandonar particularmente la coordenada tópica, renuncia usted a una especie de certidumbre, que se siente en el conjunto” (Cr. F/L, op. Cit., p. 277, en Roudinesco, 1999, p. 354), al parecer el concepto de *escotomización* se escapa a la pertinencia psicoanalítica, puesto que, como explica Freud en su correspondencia, habría un interés por caracterizar un acontecimiento psíquico, dando una explicación a un hecho sin tener en cuenta las coordenadas que propone el autor en su nueva teoría de las pulsiones.

Seguido a esto, se publica *Fetichismo* (1927), en donde hay una serie de precisiones respecto de lo que viene a ser la desmentida (*Verleugnung*), diferenciándola de la represión y de la *escotomización* como procesos psíquicos completamente distintos. Mientras que la represión (*Verdrängung*) actúa sobre los afectos, la desmentida intervendría en el destino de la representación (Freud, 1927, p. 148) mediante una acción muy enérgica bajo la que se sustenta, la *escotomización* sería “la idea de que la percepción se borraría de plano, de modo que el resultado sería el mismo que si una impresión visual cayera sobre el punto ciego de la retina” (Freud, 1927, p. 148). De este modo, Freud le pone un punto final a la discusión

con Laforgue y descarta cualquier intención de incluir su concepto en la lengua psicoanalítica, dejando en claro que el concepto de Laforgue solo es pertinente en su relación con la percepción, sin haber entonces un recorrido por el camino pulsional.

Volviendo a la dinámica de este proceso, para Freud (1927) la desmentida durante la castración se convierte en el mecanismo que retiene la última impresión anterior a la traumática, la ominosa (p. 150), este momento se erige de allí en adelante como la huella del recuerdo en que se pudo considerar fálica a la mujer y, por lo tanto, surge el fetiche como monumento ante la pérdida (parcial o total) de la mujer como objeto sexual. “No se trata, en verdad, de un fenómeno en el cual se alucinaría un pene allí donde no lo hay, tampoco de un punto ciego en la percepción o *escotomización*, [sino que] la percepción permanece, ella es precisamente el motivo de la evitación de ver una mujer con sus genitales desnudos, pero se emprende una enérgica acción para desmentirla” (Rojas, 2005, p. 459). Sería a causa de esta enérgica acción que se erige el fetiche como condición de acceso a los genitales femeninos.

Asimismo, Freud señala que el objeto fetiche “ahorra al individuo devenir homosexual en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual” (Freud, 1992n, p. 149), de modo que el objeto fetiche se sitúa como falo ante la mujer imposibilitada de ser fálica -y por ende, objeto de deseo. El horror hacia los genitales femeninos estaría íntimamente ligado con esta no aceptación de la castración y, en efecto, compete al terreno de la elección de objeto sexual en el psicoanálisis. El autor solo considera dentro de su estudio al sexo masculino como fetichista y su relación con la elección de objeto del mismo sexo. Freud (1992n) se pregunta: “¿Por qué algunos se vuelven homosexuales a consecuencia de esa impresión, otros se defienden de ella creando un fetiche y la inmensa mayoría la supera?”. Intentando obviar los tintes de heteronormatividad planteados en el cuestionamiento al situar la heterosexualidad como superior en comparación a otras vías de sexuación nos quedamos con la importancia de esta pregunta en el campo de la elección de objeto. ¿Es que acaso todos o la gran mayoría de los fetichistas tendrían un compromisorio horror hacia los genitales femeninos que los haría devenir fetichistas? Para Freud, la respuesta es clara: nadie se ahorra la angustia de castración, no obstante, hay distintas formas de tolerarla: mediante la desmentida,

inconscientemente se omite la inexistencia de pene en la mujer y esta sería una forma de sortear el complejo de Edipo. Podríamos decir que el horror a los genitales femeninos sería subyacente a todo varón cuya temprana infancia estuvo marcada por distintas formas de amenazas de castración y que alguna de ellas volvió intolerable la idea de perder su miembro.

La pregunta que se hace Freud sobre la causa y el destino de la elección de objeto intervenida por la desmentida no se podría responder volviendo sobre su mismo desarrollo teórico, sin embargo nos deja la interrogante en torno puesto que ocupan las impresiones tempranas del individuo dentro de la doctrina pulsional y, por supuesto, en su devenir, ya que en gran medida la amenaza de castración y el horror hacia los genitales femeninos son una marca en la construcción del deseo masculino.

Desde aquí es donde ocurre la *fijación* que anteriormente Freud habría trabajado en los Tres ensayos como una tendencia de los perversos y los psiconeuróticos. Ahora, podemos decir que son aquellos individuos que han desmentido la castración en la mujer sobre quienes podemos situar la propensión a lograr placer desde el objeto fetiche. Precisamente es este el

salto desde Tres ensayos hasta Fetichismo, aquellas teorías que Freud esbozaba en un supuesto dinamismo psíquico ahora tendrían su fundamento en una nueva teoría pulsional (1920, 1923) y un nuevo mecanismo de defensa (Desmentida [*Verleugnung*], 1924 en adelante). Un constructo metapsicológico aplicado sobre el fetichismo como forma de relación sexual: “A partir de aquí uno cree comprender, si bien a la distancia, la conducta del cortador de trenzas, en quien ha esforzado hacia delante la necesidad de escenificar la castración que él desconoce” (Freud, 1992n, p. 152).

¿Cuál sería entonces la particularidad de la castración del fetichista? Primero, tenemos que, al igual que el neurótico, el fetichista quedaría fijado en un lugar de su desarrollo psicosexual desde donde cada individuo toma su referencia para establecer comercio sexual y dar forma a su erótica particular, es decir, es en la infancia donde queda fijado el deseo del sujeto. No obstante, tenemos que el fetichista queda fijado en una castración que fue desmentida y, tal como el cortador de trenzas que obtiene placer de cortar el cabello de las mujeres, reescenificará la ulterior impresión anterior a su acercamiento a los genitales femeninos. La repetición de esta escena

será el fin hacia donde se guiará la dirección y el sentido del deseo del sujeto.

Por otro lado, y es quizá la parte donde queda inconcluso el desarrollo de Freud respecto del fetichista es la particularidad del superyó fetichista. Anteriormente (pie de página nº1) tomamos una cita de *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) en la que se indicaba que dentro de la castración se resuelve el superyó y la identificación hacia alguno de los cuidadores de la niña o niño; respecto del extrañamiento del yo en relación al complejo de Edipo, actúa un proceso aún más fuerte que el de la represión sobre el complejo “equivale, cuando se consume idealmente, a una destrucción y cancelación del complejo” (Freud, 1992m, p.185). En el estudio de *Fetichismo* (1927) Freud resuelve parte de este problema centrándose en casos de hombres, comentando que al desmentir la castración no habría una aceptación de ésta y, por lo tanto, no se consumaría el complejo de Edipo idealmente, tal como lo describe años antes. Siguiendo a Freud, el superyó del fetichista debería inclinarse entonces por la lado patógeno, probablemente fronterizo, bordeando la normalidad respecto de la constitución de sus diques represivos.

En este sentido, de acuerdo a Freud, la creación del fetiche se plasma en la “detención del recuerdo en la amnesia traumática” (1992n, p. 150), el eterno retorno a la escena previa al horror de la castración que marca la constitución del deseo es también un atajo ante el otro. La libido queda fijada “antes” del otro, la condición para obtener satisfacción y poder desear es el fetiche. Siendo estricto con los escritos de Freud, intentando no interpretar más allá del objetivo de este trabajo, que es vislumbrar el recorrido teórico-histórico de la desmentida y sus implicancias en el constructo metapsicológico de su obra, se puede decir que, si el deseo es condición para la construcción de una relación (o una transferencia, si se quiere), el fetiche viene a ocupar un lugar intermedio entre el fetichista y los otros. Relación que además está mediada por un superyó patológico respecto de la norma.

“[El fetiche] perdura como el signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella (...). En la vida posterior, el fetichista cree gozar todavía de otra ventaja de su sustituto genital. Los otros no discernen la significación del fetiche, y por eso no lo rehúsan; es

accesible con facilidad, y resulta cómodo obtener satisfacción ligada con él. Lo que otros varones requieren y deben empeñarse en conseguir, no depara al fetichista trabajo alguno” (Freud, 1992n, p. 149).

2.5 *Verleugnung* y su relación con el proceso de escisión del yo (*Spaltung*)

En diversos textos de Freud revisados en este trabajo hemos dado cuenta de las consecuencias de la desmentida como proceso defensivo ante la angustia y que ha sido especialmente en torno a la castración como se muestran sus secuelas. La no aceptación de la castración y su desmentida es la base para la construcción de una estructura fetichista, sin embargo, en publicaciones como *Neurosis y Psicosis* (1924) y *Algunas consecuencias psíquicas en la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) se nos advierte que el desmentir la realidad objetiva (*realität*) sería normal entre los niños, aunque en adultos podría tratarse de una psicosis.

Propongo argumentar que donde Freud une desmentida y psicosis se trata de una construcción teórica aún incompleta y que, en su desarrollo, deja atrás dicha conceptualización que luego consideraría errada. Gradualmente, iré proponiendo que la *escisión del yo*, sería propio tanto de las psicosis como de individuos más cercanos a las neurosis en sus distintas formas, no obstante quedan precisiones pendientes al respecto que serán revisadas.

En primer lugar, tenemos aquello que ya hemos revisado en el primer fragmento de este trabajo: En un primer momento del trabajo de Freud, el acercamiento hacia las psicosis desde la desmentida vendría dado por el carácter de *alucinación negativa* que tiene el proceso sobre la percepción, que implicaría un nexo con la realidad distinto al del neurótico y además una escisión en el yo del sujeto. Tomemos en cuenta que, por lo mismo, Freud habla de psicosis solo al hipotetizar el funcionamiento de este proceso sobre el individuo adulto, por lo tanto, tampoco tenemos una investigación metapsicológica profunda respecto de este mecanismo, ya que ha sido mediante la observación e indagación en la vida infantil de sus

pacientes que ha llegado a estas conclusiones. En ningún momento Freud ha trabajado la desmentida en la psicosis de un adulto desde un caso clínico.

La percepción era el primer foco de atención en que se centra el estudio de la desmentida, no obstante, este estudio se va ampliando y extendiendo en el sentido más cartesiano de la percepción que, de acuerdo a esta lógica, la negación de un trozo en la percepción de la realidad equivaldría a una desrealización. En este sentido, la desmentida interceptaría el vínculo del sujeto adulto con la realidad, mientras que se trataría de un proceso normal dentro de la niñez como una protección ante la angustia de castración.

Luego, en *Fetichismo* se precisa: “en el conflicto entre el peso de la percepción indeseada y la intensidad del deseo contrario se ha llegado a un compromiso como solo es posible bajo el imperio de las leyes del pensamiento inconsciente –de los procesos primarios-. Sí; en lo psíquico la mujer sigue teniendo un pene, pero este pene ya no es el mismo que antes era” (Freud, 1992n, p. 149). Tenemos la conciliación de un conflicto entre el aparato perceptivo y por la angustia que es capturado y el proceso

primario o pensamiento inconsciente, bajo el cual se regiría la elección de objeto fetichista. El pene que la mujer ya no tiene se reemplaza por el objeto fetiche, su sustituto, hacia donde se dirigirá la libido del sujeto.

En base al desarrollo de la desmentida en *Fetichismo*, J. Strachey comenta en su prólogo a esta publicación: “En este trabajo, basándose en nuevas observaciones clínicas, expone sus razones para suponer que esta <<desmentida>> implica necesariamente una escisión en el yo del sujeto” (en Freud, 1992n, p. 145); no obstante, habría que precisar esto.

En *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1940), se trabaja más acabadamente aquello que se conoce como la escisión del yo. Se indica que es ante la posibilidad de trauma que el aparato psíquico del sujeto debe decidir asumir, o bien desmentir aquella impresión. Se trata de una angustia animada por un peligro objeto difícil de soportar. Entonces debe decidirse: “reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o desmentir la realidad objetiva, instilarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la

realidad objetiva” (Freud, 1991n, p. 275), ante este conflicto, la salida que ofrece la desmentida es quedarse con ambas partes del conflicto. Ante este panorama, se entiende que para sostener aquel conflicto, el niño debió escindir su yo, o en palabras de Freud: “El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo” (1991b, p. 275-6).

En términos más concretos, la escisión del yo en el proceso defensivo ante la angustia de castración se lleva a cabo mediante la desmentida para proteger y salvar al cuerpo ante la amenaza de mutilación de su propio cuerpo, ya que “si no estaba [el niño] obligado a reconocer que la mujer había perdido su pene, perdía credibilidad la amenaza que le impartieron” (Freud, 1991b, p. 277), por lo tanto ahora el niño puede continuar con su satisfacción pulsional sin darse por enterado de la posible pérdida de su pene; es por ello que indica que la escisión es una consecuencia de la desmentida de la castración.

El valor de esta publicación no radica en volver a repetir cómo es que el yo es escindido mediante el proceso de desmentida, sino más bien hacer

algunas puntualizaciones respecto cómo es esta escisión y qué consecuencias tiene en términos de la psicopatología freudiana. Cuando más arriba sostenía que en un comienzo la desmentida fue estudiada por Freud entendiéndola como un proceso que esconde una parte de la realidad ante la angustia a través de la percepción, sin considerar el conflicto que se sostiene detrás me refería precisamente hasta el año 1924 con la publicación de las *Algunas diferencias anatómicas...* que da el pie inicial para comprender la *Verleugnung* tal como se llega a construir en *Fetichismo* (1927). Desde aquí se va esbozando poco a poco cómo funciona la dinámica del proceso defensivo y esa último artículo que queda más clara la condición de la desmentida entorno a la elección de objeto. Al parecer, Freud no queda satisfecho con tan solo esta publicación, ya que en *La escisión del yo como proceso defensivo* vuelve a tomar la desmentida para adentrarse en las consecuencias del proceso que muestra en el título del artículo. Clarifica que “El varoncito no ha contradicho simplemente su percepción, no ha alucinado un pene allí donde no veía ninguno, sino que solo ha emprendido un desplazamiento {descentramiento} de valor, ha transferido el significado del pene a otra parte del cuerpo, para lo cual vino en su auxilio –de una manera que no hemos de precisar aquí- el mecanismo

de la regresión. Por cierto que ese desplazamiento solo afectó al cuerpo de la mujer; respecto de su pene propio nada se modificó” (1991b, p. 277).

No obstante, respecto de esta escisión, tenemos que no sería un proceso tal como se entiende en las psicosis, sino que como se ha explicado anteriormente, se sostiene producto de un desplazamiento en el aparato psíquico. En el *Esquema del psicoanálisis* (1940), Freud señala que si el fetichista no puede decir que vio un pene ahí donde vio una vagina o la falta de pene en la mujer, entonces le confiere el pene a un objeto u otra parte del cuerpo que haga de representante simbólico de éste. Por lo tanto, aunque se expresen al mismo tiempo dos premisas contrapuestas, este escape a la angustia de castración aún deja al individuo anclado a la realidad. Su vínculo con la realidad está alterado, así como se podría hallar en el neurótico o psicótico, tal como se explica en *Pérdida de realidad en neurosis y psicosis* (publicado en 1924), pues se trata de una forma particular de escisión del yo, puesto que “no gobierna la elección de objeto de una manera excluyente, sino que deja espacio para una extensión mayor o menor de conducta sexual normal, y aun muchas veces se retira a un papel modesto o a la condición de mero indicio” (Freud, 1991c, p. 205). Se

trataría de “intentos incompletos de desasirse de la realidad objetiva” (Freud, 1991c, p. 205) que se pueden hallar tanto en el fetichista como en el neurótico; respecto de la diferencia entre la escisión del fetichista y el psicótico el profesor Rojas puntualiza: “Esta condición [la escisión del yo] se presenta también, de manera particularmente notoria en los fetichistas, sin embargo, no debe confundirse esta condición en la que cae el yo a raíz de una percepción que cumple las condiciones para que pueda designársela como traumática, y la creación del fetiche” (2005, p. 460). Por otra parte, para Freud, el fetichismo puede tener distintos niveles de manifestación y es por ello que habríamos de abrir el proceso de desmentida no tan solo a aquellos que tienen exclusivamente como objeto sexual al fetiche, sino que incluso cuando se trata de un mero indicio.

Siguiendo al psicoanalista vienés en sus últimos escritos, la *Verleugnung* sería un proceso que no excluye al neurótico, sino que es una forma de desasirse de la realidad y poder desautorizarla aun reconociendo en ella lo mismo que se pasa por alto. Esta capacidad de sostener dos posturas opuestas entre sí mediante un desplazamiento mediante el proceso primario es lo que le da la particularidad a la desmentida. En cuanto a los

fetichistas, este proceso ha sido predominante al momento de sufrir la angustia de castración, ya que éste ha caído “presa del terror a raíz de una vivencia que le muestra que de seguir con dicha satisfacción se expone a un peligro real difícil de soportar” (Rojas, 2005, p. 461) y es por ello que se muestra luego en sus consecuencias con la creación de un nuevo objeto sexual análogo al pene materno perdido. Aunque, tanto el fetichista como el neurótico sufren la castración con la misma intensidad el conflicto entre la pulsión y el veto de la realidad hallan diferentes conclusiones en distintos grados dependiendo de lo traumático que fuese la escena; si bien Freud situaba a los fetichistas en la categoría de perversos, también era cuidadoso cuando señalaba que habían individuos *más cercanos a* la neurosis o la perversión (Freud, 1991).

CAPÍTULO III

CONCLUSIONES

Tomando en cuenta lo hasta aquí expuesto, se pueden reconocer aspectos en la obra de Freud que llevan a una nueva lectura de lo que se tenía hasta entonces como perversión, primeramente por la conceptualización que se desarrolla en torno al problema de la perversidad del sujeto, a saber, que esta depende de la acción de un mecanismo de defensa particular situado en la regulación de la economía libidinal.

Anterior a las propuestas de Freud, no se tenía una explicación posible para el surgimiento de las perversiones, sino que se agotaba el camino en el mismo cuerpo nervioso (Lantéri-Laura, 1977). En este sentido, habría un aporte significativo respecto del reconocimiento de las perversiones en la clínica, ya que se puede llegar a una subjetividad histórica ligada al proceso perverso y no se tiene solo como una desviación moral dada por una falla fisiológica. Esto último implica que se puede

construir una historia del sujeto, de su devenir y sus diferentes formas de situarse ante la sociedad y su sexualidad; la misma resolución es la que P. Auglanier muestra al decir que habría un modo de hacer entrar en la clínica psicoanalítica a aquellos que son perversos a partir de su propia interpretación de la *Verleugnung*.

No es preciso acá comparar cómo entiende uno u otro la desmentida, sino que más bien señalar que es a partir de la obra de Freud que el uso de este concepto ha traído consecuencias en el quehacer de la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis. Por ello, se reconoce un cambio de paradigma respecto del sujeto perverso: es en su historia donde se forja su subjetividad que lo muestra como tal en su proceso.

Por otra parte, a partir de Freud, llegamos a que la desmentida puede explicar el modo en que se sitúa el fetichista hacia a su satisfacción pulsional, haciendo paso obligatorio por el objeto fetiche antes de llegar a otro: el fetichista necesita al objeto fetiche como condición para soportar el vínculo de deseo con hacia sus pares. Esto último da cuenta de una fisura en el aparato psíquico del paciente que supone una escisión del yo para

sostener aquél compromiso del que se hace garante su goce, es decir, no tener que renunciar al falo materno y satisfacer aquél deseo de asir el falo mediante el acto sexual velado por el objeto fetiche. Toda esta descripción metapsicológica a estas alturas resuena muy mecánica, sin embargo su belleza reside justamente en que demuestra que en la perversión existiría un proceso que da cuenta de lo contrario: habría un lazo social entre el perverso y su objeto evidenciando su particular forma de amar y hacerse amar por el otro, aunque esto signifique la propia aniquilación del sujeto amado.

A partir de este panorama que propone la desmentida es que Aulagnier (1978) formulará la conceptualización de una estructura perversa como un cuestionamiento sobre lo que se tiene por “perversión normal”. Al diferenciar las diferentes configuraciones del aparato psíquico de los sujetos entre psicosis, neurosis o perversión, se tienen distintos abordajes terapéuticos dependiendo del fin que se proponga cada uno de ellos. En el caso de la perversión, el conflicto estructural se sostiene en nombre de la desmentida y supone nuevos desafíos respecto de la clínica psicoanalítica referida a la perversión, ya que describe las claves del funcionamiento de la

perversión sexual y sus avatares relativos al goce: “la renegación (*Verleugnung*) será el camino que elige el perverso para conseguir, de la única manera que le es posible en función del sentido que toma para él el vínculo de la pareja parental frente a la cual tiene que situarse, que sujeto del deseo y sujeto de la ley o se conviertan en dos posiciones mutuamente excluyentes, lo cual le interceptaría todo camino a una identificación no psicótica” (Aulagnier, 1978, p. 40). Será entonces la propia definición que ella toma de su renegación que se pueden pensar nuevas formas de intervención sobre las perversiones.

Es precisamente este último punto que toma el fin del eje vertebral del presente trabajo: hallar una forma de situar la desmentida en Freud. Se escogió una mirada posterior a Freud en particular para ser señalar como contrapunto lo que mostramos en este trabajo. Si bien, en la actualidad no se puede hacer confluir todos los enfoques de diversos autores en una pura interpretación del lugar que viene a ocupar la desmentida en el psicoanálisis, se trae la propuesta de Aulagnier como una de las salidas posibles ante la problemática de las perversiones a través del concepto de estructura psíquica. Habrán otros autores más como candidatos a ser

utilizados para ejemplificar el uso del concepto creado por Freud, sin embargo parece pertinente mostrarlo a través de la originalidad que supone la creación de una estructura perversa como posible interpretación de la dinámica pulsional del proceso perverso. Vemos engendrado en el artículo de Auglanier las consecuencias de la *Verleugnung* de la obra de Freud en lo que hoy tenemos como posibles caminos a considerar pensando en la labor que se supone en la persona que lleva el título de psicólogo en la clínica en su paso formativo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, Piera (1978). *La perversión*. Ed. Trieb: Buenos Aires.
- Bleichmar, Hugo (2011). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Ed. Paidós: Barcelona.
- Daumezon, Georges (1978). *La perversión*. Ed. Trieb: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1991). *Formulaciones sobre dos principios del acaecer psíquico*. Obras Completas tomo XII. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1991b). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. Obras Completas tomo XXIII. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1991c). *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas tomo XXIII. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992a). *De Guerra y muerte. Temas de actualidad*. Obras Completas tomo XIV. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992b). *Lo ominoso*. Obras Completas tomo XVII. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992c). *La organización genital infantil*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.

- Freud, Sigmund (1992d). *Pérdida de realidad en psicosis y neurosis*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992e). *La negación*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992f). *El problema económico del masoquismo*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992g). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992h). *La organización sexual infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992i). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre ambos sexos*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992j). *Neurosis y psicosis*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992k). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Obras Completas tomo VII. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.

- Freud, Sigmund (1992l). *El Yo y el Ello*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992m). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Obras Completas tomo XIX. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992n). *Fetichismo*. Obras Completas tomo XXI. Ed. Amorrortu: Buenos Aires.
- Krafft-Ebing, R. von (1916). *Psychopathia Sexualis*. The F. A. Davis Co.: Philadelphia, Pa., U.S.A.
- Lantéri-Laura, Georges (1977). *Positivistas y perversos. Publicado en Ornicar? N°3* Publicación periódica del Champ Freudien.
- Rojas, Hugo (2005). *Las concepciones psicopatológicas de Sigmund Freud*. Universidad de Chile: Santiago.
- Roudinesco, Elizabeth (1999). *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia 1885-1939. Vol. 1*. Ed. Fundamentos: Madrid.